CAPITULO XXV

M. GRAINDORGE

A M. Marcelin, director de la *Vie Parisienne.*

Caballero:

Tengo el honor de participar á usted la pérdida dolorosa que las letras, el cerdo salado y los petróleos acaban de sufrir en la persona de M. Federico Tomás Graindorge, doctor en Filosofía por la Universidad de Jena, socio principal de la casa Graindorge and C.°, de Nueva York y de Cincinati, fallecido de una enfermedad del hígado, en su domicilio, calle de los Campos Elíseos, 14, el 15 de Julio de 1865, á los cincuenta y cinco años de edad.

Antiguo profesor de Retórica, secretario particular y pedícuro de M. Graindorge, estoy en mejores condiciones que nadie para dar á usted todos los detalles necesarios acerca de la vida, costumbres y carácter de mi generoso é infortunado amo. Los lectores de ese periódico, que conocen sus ideas, tendrán mucho gusto en conocer su persona, y puesto que me propone usted retribuir esta carta, me considero dichoso al cumplir un deber que, sin daño de mis intereses legítimos, me permite manifestar los sentimientos más dulces de mi corazón.

Hace nueve años, cuando M. Graindorge me tomó á

su servicio, tenía yo el honor de pertenecer á la Universidad de Francia, y desde hacía mucho tiempo llevaba con celo ejemplar la toga y el birrete que había sido llamado á vestir. Por aquella época, vió la luz una circular del rector que obligaba á todos los profesores á quitarse la barba; yo llevaba la mía, que era negra y muy hermosa, porque había notado la gravedad que imprimía á mis palabras y el ascendiente que ejercía en el espíritu de los jóvenes. Fuerte en mi conciencia, é invocando el principio de autoridad, reclamé ante mis superiores, que tomaron mi carta como una burla, y me pusieron *á disponibilidad,* en la flor de mi edad y de mi talento. Llegué á París, que es el refugio de los ingenios maltratados por la fortuna; mas, después de muchas tentativas inútiles, me vi obligado á hacer copias para varias personas, entre las que se contaba M. Graindorge. Un día que le llevé mis escritos, se quejaba de un juanete rebelde situado en el lado derecho del pulgar de su pie izquierdo. Como yo fuí siempre apasionado por las ciencias naturales, me había dedicado á aquella rama de la fisiología que trata de las excrecencias del cuerpo humano, la única que, proprotegida por su utilidad práctica y por sus teorías restringidas, puede ser cultivada en provincias, sin atraer sobre sus adeptos las censuras eclesiáticas y el peligroso renombre de espíritu fuerte. Ofrecí mis servicios á M. Graindorge; él me honró descalzándose al momento delante de mí. A los tres minutos estaba extirpado el juanete, y M. Graindorge gozaba de un alivio indecible. Desde aquel instante quedé agregado á su persona. Yo hacía sus encargos no comerciales, yo arreglaba sus libros, preparaba sus trajes por la noche, y todas las mañanas revisaba sus uñas. Así es, caballero, cómo, durante nueve años, he podido es-

tudiar á fondo al hombre notable que hoy lloramos todos.

A fin de proceder con orden y de observar la regla de las transiciones, á la cual faltaba con frecuencia M. Graindorge, debo hacer notar, ante todo, que éste usaba botas estrechas. M. Graindorge, aunque había traspasado la edad de la coquetería, conservaba aún pretensiones, y se vestía con un esmero acaso excesivo. Lejos de mí la idea de censurar á mi ilustre y desgraciado amigo; pero la sinceridad, que es para mí una profesión, me obliga á decir que invertía una hora por la mañana y otra por la noche en peinarse, cepillarse, perfumarse y frotarse con una infinidad de menjurges. ¿No cree usted, caballero, que esta afectación extremada es poco digna de un hombre, y que, para tener éxito en el mundo, debemos contar únicamente con nuestro mérito y nuestro talento? Yo puedo asegurar á usted que, en cuanto á mí, no empleo otros recursos, y que, á Dios gracias, me bastan los que poseo de esta clase. M. Graindorge, al contrario, daba importancia suma á las exterioridades, y no encontraba nunca sus trajes bastante bien hechos ni su calzado bastante fino. Erguía su talle largo y delgado; colocaba los lentes en su nariz, corva como el pico de un águila; y yo veía bien por la noche, al darle el frac, que se miraba con mucha satisfacción en el espejo. No me dió nunca más que un puntapié, y eso un día en que, hallándome preocupado con ciertas ideas literarias, vertí en sus manos, en lugar de un frasco de agua de Colonia, una botellita de tinta. Estuve á punto de caer sobre el diván, porque él tenía la pierna vigorosa; pero, á modo de excusa, me dió un billete de quinientos francos, y confieso que aquella reparación me inspiró algunas veces la idea de repetir mi

torpeza. No obstante, me he contentado con la grave sonrisa con que yo protesto por lo común de las debilidades humanas, y todas las noches he gozado el placer silencioso de sentirme superior, por lo menos en cuanto al desprecio de las vanidades del mundo, al hombre de quien me habían hecho subordinado la casualidad y el destino injusto.

M. Graindorge, después de levantarse y de imponerme para sus pies y su tocador servicios tal vez exagerados, pasaba ordinariamente la mañana leyendo. Apruebo esta ocupación: ennoblece el alma, y monsieur Graindorge tenía verdadera necesidad de entregarse á ese noble ejercicio, para borrar las huellas bochornosas que una vida groseramente comercial había dejado en su espíritu. Mas la empresa era difícil: el recuerdo del cerdo salado y del petróleo acudía con demasiada frecuencia á sus discursos y á sus escritos; yo mismo, al comienzo de esta carta, no he podido evitar una alusión á esa extravagancia, de una manera tan mesurada como inocente. El hecho es que carecía de gusto, y esto se apreciaba en sus lecturas: nuestros clásicos le interesaban poco; en desquite, se veían frecuentemente en sus manos voluminosos libros alemanes ó interminables revistas inglesas. Un día me atreví á hacerle una observación; me contestó secamente que me ocupara únicamente en cepillar sus pantalones. Los consejos más sabios no penetraban en aquella alma inculta; yo sonreí entonces, y medí, en mi interior, la distancia infranqueable que separa á un hombre bien educado de un hombre con dinero.

A las once M. Graindorge almorzaba casi siempre un pollo ó una perdiz fiambre y una botella de vino de burdeos. Yo me colocaba á su lado para servirle, y guardaba para mí el sobrante de la botella. Durante

los cinco primeros años, dejó siempre la mitad; poco á poco llegó á beberse las tres cuartas partes con un aumento de gula y un egoísmo natural que acabaron por ofenderme. Hasta llevaba su dureza al extremo de elogiar su burdeos delante de mi, y de decir sin contemplaciones de ningún género, que aquel vino era excelente para el estómago. ¿Con qué derecho usurpaba así mi media botella? ¿Quién le autorizaba á quedarse diez minutos más en la mesa, prolongando mi servicio retrasando mi comida, haciendo padecer á mi estómago, y recibiendo de mis propias manos, sí, de mis propias manos, caballero, dos vasos de vino suplementarios que, legítimamente y desde hacía cinco años, eran míos? Parece que cuando yo estaba sumido en estos pensamientos, mis ojos tomaban una expresión particular.

Una vez me dijo M. Graindorge:—Celestino (es mi nombre, caballero; un nombre honradamente llevado por mi padre, y también, me atrevo á afirmarlo, por mí mismo), pobre Celestino, ¿qué le atormenta á usted?—Yo recobré al momento mi discreta sonrisa, y me disculpé con preocupaciones literarias.—¡Ah! ¡ah! —dijo M. Graindorge,—es la musa que hace de las suyas. Eso es muy malo para la digestión, Celestino... tráigame usted ron de Jamaica.—Me dió un vasito lleno. Bebí á su salud, inclinándome respetuosamente. Pero vea usted mi mala suerte: él mismo, por esta causa, acabó con la botella de Burdeos, mi vino predilecto, el único que guarda bajo llave, el único que conviene á mis nervios. En tales ocasiones un hombre necesita gran dominio sobre sí mismo; los filósofos antiguos nos dicen que la verdadera demostración de la nobleza del alma es el valor con que se soporta silenciosamente la injusticia, y yo me lisonjeo de haber sido digno discípulo de ellos en aquel momento.

A la una M. Graindorge iba al círculo, y de allí no sé adónde. No quise ver adónde; un hombre como yo está obligado á respetarse á sí mismo, y cuando sus amos se permiten distracciones que la decencia condena, debe pasar con los ojos cerrados, como por una galería de esculturas ó como delante de esas desnudeces que los peluqueros tienen la imprudencia de exponer en sus escaparates. Si yo hubiese querido hablar con el cochero ó con el lacayo, hubiera podido saber muchas cosas: esos dos subalternos han hecho esfuerzos muchas veces para llegar hasta mi familiaridad; pero yo los despedía cortésmente, como hombre que sabe ocupar su puesto. Y sin embargo, en mí únicamente consistía estar al tanto de todas las noticias; yo los oía hacer sus comentarios, en la cocina ó en el pescante, cuando M. Graindorge me llevaba consigo y me dejaba en el coche. ¿Lo creerá usted, caballero? M. Graindorge, que no se ruborizó nunca de enterar de sus calaveradas á su sobrino, no tenía ni aun la disculpa de una pasión; pensaba solamente en matar dos horas; en eso gastaba veinte mil francos anuales, y más. La señorita Concepción Núñez, la última favorita, era una simple bailarina de aquella compañía española que vino últimamente á Paris á lucir sus piruetas extravagantes.

M. Graindorge había mandado derribar para ella los tabiques interiores de tres piezas; así hizo un vasto salón, en el que, tres ó cuatro veces á la semana, recostado en un diván, con una pipa turca en la boca, pasaba la tarde contemplando las contorsiones de aquella saltadora. La habitación estaba llena de flores y las persianas cerradas la mantenían á media luz. Los músicos se situaban en otra pieza, y, en los inter-

valos del baile, tocaban aires lentos, muy dulces y muy tristes. M. Graindorge miraba silencioso ó cerraba los ojos, y cuando le gustaba un aire, oprimía un botón para anunciar á los músicos que lo repitieran. Lo que más le gustaba, según me dijeron los músicos, eran las obras de Chopin, todas melancólicas y lúgubres hasta causar fiebre, y sobre todo, una marcha fúnebre que parece el gemido de un tísico dispuesto á acostarse en su ataúd. Yo me escurría á lo hondo de la escalera á los primeros compases. Pero M. Graindorge parecía hallar un placer muy vivo en el contraste de la música y el baile; pues he olvidado decir á usted que Concepción, con sus cabellos negros adornados de claveles rojos, sus ojos negros brillantes como llamas, con la púrpura intensa que, á los pocos instantes, coloreaba sus mejillas, parecía una flor viva; pero con una vida resplandeciente y más robusta que todo cuanto nos es dable encontrar debajo de nuestro sol. Cuando ella se envolvía en su falda cuajada de lentejuelas de oro, ó cuando, un instante después, inmóvil, conteniéndose, movía como temblorosa su busto, sus ojos despedían llamas como un brasero inextinguible, y yo, hombre fortalecido contra las locuras de la edad juvenil, tenía que apartarme del ojo de la cerradura, é iba á distraerme á la cocina, donde, por orden suya, se guardaba siempre para mí una botella de aquel célebre vino de burdeos, tan saludable para mi estómago.

En cuanto á M. Graindorge, permanecía tan tranquilo como uno de sus barriles de petróleo (dispense usted esta comparación trivial, pero exactísima); únicamente, ya en su coche, llevaba algunas veces los ojos llenos de lágrimas. Nunca aplaudía ni hablaba; al irse besaba la mano de Concepción con una seriedad extraña. Por eso tal vez ella le había cobrado algún afecto; se sentía verdaderamente admirada, y aborrecía á los parisienses que no comprenden el baile. Pero yo también lo comprendía. Y la prueba es que me era imposible seguir mirando por el ojo de la llave; que me veía obligado á beberme una botella de burdeos para fortalecer la cabeza; que me ponía furioso cuando, á las once de la noche, M. Graindorge me decía que mandara enganchar. ¿Por qué estaba él en el diván mientras yo en la puerta? ¿Por qué era él quien suministraba las botellas, y por qué estaba yo obligado á beberlas? No era más joven que yo, no tenía modales más finos; en cuanto al fondo del espíritu y al mérito sólido, no vale la pena de hacer una comparación. Yo había vivido con los buenos autores, él con el cerdo salado y los petróleos; de ahí todos sus privilegios. ¡Extraña ironía del convencionalismo social! Cuanto menos se merece, más se tiene.

Réstame sólo, caballero, anotar algunas particularidades de la persona y de los gustos de M. Graindorge. Su terquedad en llevar botas estrechas le había producido dos callos en el pie izquierdo, y tres en el derecho. A fuerza de tiempo y de cuidados, con el uso diario de lociones tibias y de la lima, conseguí librarle de esta molestia; todos los pasos agradables que ha dado durante los tres últimos años de su vida, me los debe á mí; y si hubiera tenido un corazón verdaderamente agradecido, no hubiera nunca puesto un pie delante del otro sin pensar en mis servicios. Pero cuando su espíritu no se hallaba distraído con frivolidades, lo ocupaba por entero el egoísmo.

Las mejores pruebas, de esto son las notas sobre París que usted le hizo el honor de imprimirle. No solamente yo las escribía por su dictado ó ponía en lim-

pio sus garrapatos, sino también corregía las pruebas, enmendaba la puntuación y los acentos, completaba las frases cojas, y á veces esparcía en el estilo inculto y americano de M. Graindorge, el esplendor al que deben sus ensayos semibárbaros, la indulgente aprobación de usted. Puedo afirmar que, durante tres años, he sido no solamente su secretario, sino también su colaborador, y mi discreción ha igualado á mi celo. ¿Qué gratitud ha demostrado? ¿Donde ha citado mi nombre? ¿Hay una sola frase en que haga alusión á mis servicios? En sus veinticuatro cartas habla de todo: de su sobrino, de sus amigos, de su padre, de sí mismo, de sus gustos, de sus viajes, de su interior; y de mí, ni una palabra. ¿Es envidia? ¿Quiso anularme? ¿Creyó impedirme llegar al público? ¿Temió que me atribuyeran su obra? Gracias al cielo, estoy por encima de las pequeñeces que tanto abundan entre los autores; yo no codicio los bienes ajenos, soy bastante rico con los míos; si tengo alguna parte en la obra de M. Graindorge, renuncio á ella. Lejos de mí el pensamiento de imitar la poca delicadeza de su proceder; que guarde para sí M. Graindorge sus frases incorrectas, sus giros vulgares, su estilo deslavazado y raro; yo no tendría razón al reivindicarlos, y usted habrá notado ya, caballero, que su pluma ha cambiado de mano.

La semana anterior fué abierto su testamento, y se ha visto que dividía su fortuna en tres partes. Lega desde el momento á su sobrino, M. Anatolio Durand, veinte mil libras de renta y, además, otras veinte mil, también de renta, que tomará al día siguiente de su matrimonio. Apruebo esta última disposición; es bueno contener á la juventud; pero cuarenta mil libras de renta son mucho para un matrimonio solo, y veinte mil son demasiado para un joven solo. Qué necesidad tenía M. Graindorge de dejar una fortuna tan grande en manos de un elegante vulgar, de cuyas pretensiones se burlaba, censurando también sus gastos? ¿No tenía junto á sí caracteres experimentados, que merecían más su reconocimiento y podían honrar mejor su dinero?—M. Graindorge funda además siete pensiones anuales de tres mil francos, pagaderos al titular durante quince años, para que sean distribuidas entre jóvenes de diez y ocho á veintitrés años que carezcan de fortuna, hayan demostrado su mérito y dado esperanzas notables en las ciencias, las letras, las artes, el derecho y la medicina, siendo elegidos y designados por comisiones nembradas por la Academia de medicina, la Facultad de derecho y las cinco Academias. No es posible desconocer en este legado un pensamiento razonable, si es razonable el pensamiento de quitar á la juventud el acicate de la necesidad y la gloria del esfuerzo. Yo he creído siempre que el bienestar es propio de la edad madura, no de la adolescencia, y que la liberalidad de los particulares, como la del público, estaría mejor empleada en recompensar los servicios pasados que los futuros.

Por fin, M. Graindorge, olvidando todo pudor, deja seis mil libras de renta á la señorita Consuelo Nuñez; varias sumas de veinte, y á cincuenta mil francos á amigos que están bien, y no las necesitan; seiscientos francos de renta á sus tres criados, que son fuertes los tres y se hallan en edad de poder continuar sirviendo, y á mí lo creerá usted, caballero? ¿Una mezquina renta de mil ochocientos francos, además, un capital de dos mil francos, para poder establecerme; todos los fracs negros y las corbatas blancas que haya en su guardarropa! Mil ochocientos francos de

renta, ciento cincuenta al mes, cinco al día, ésta es la recompensa de nueve años de servicios! Para esta mísera generosidad he estado ciento once meses levantándome antes que él, acostándome después, cepillando sus trajes, preparándole la ropa blanca, cuidando de sus pies, copiando sus manuscritos, y no bebiendo, desde hace cuatro años, mas que la cuarta parte de su botella!

Podía él figurarse que con un capital de dos mil francos, encontraré yo una habitación como la nuestra, muebles como aquellos, á los que ya me había acostumbrado, un escritorio de ébano con incrustaciones de cobre, como aquel en que he escrito tanto, butacas, alfombras, espejos, una comodidad y una elegancia que, por culpa suya, me son indispensables, y que me harán, al echarlos de menos diariamente, maldecir el día en que le conocí. ¿Cuánto me durarán sus fracs negros y sus corbatas blancas? ¿Vendrá él á renovarlos dentro de tres años, cuando estén inservibles? Sabía, sin embargo, que me gusta la ropa blanca y que yo no puedo pasar vestido de cualquier modo. Pero los sentimientos finos y nobles no eran de su uso, y había traído de América menos delicadeza que oro.

El sábado anterior llevamos al cementerio á nuestro desgraciado amigo, y pronuncié ante su tumba un discurso, interrumpido con frecuencia por las muestras de aprobación de los asistentes; dos ó tres amigos del difunto se dignaron felicitarme. Pero yo, caballero, que estoy muy por encima de la vanidad literaria, no pensaba más que en cumplir un deber augusto, y si hoy, cediendo á las instancias de usted, he tributado el último homenaje al hombre eminente que lloramos, ha sido en la convicción de que los lectores, al recorrer este relato sincero, reconocerán en él los sentimientos de un corazón tan fiel á la amistad como á la verdad.

Si me quedara, no obstante, algún deseo que exponer, sería el de hallar, gracias á su excelente revista, caballero, un puesto semejante al que acabo de perder, porque abrigo el convencimiento de que mi nuevo amo, apreciando en su justo valor mis cualidades morales, así como sus aptitudes literarias, me devolvería las ventajas de que yo gozaba en casa de M. Graindorge, añadiendo á ellas las compensaciones que no encontré siempre en mi primer empleo, y los respetos que por tantos títulos merezco.

FIN DE LAS NOTAS

ÍNDICE

	Págs.
PREFACIO	1
CAPÍTULO I.—Primeras notas	5
CAP. II.—M. Graindorge al lector	15
CAP. III.—Un salón	24
CAP. IV.—Los bailes públicos	34
CAP. V.—Consejos á mi sobrino Anatolio Durand sobre la manera de portarse en sociedad	44
CAP. VI.—La parisiense	54
CAP. VII.—Las jóvenes	64
CAP. VIII.—Las jóvenes	74
CAP. IX.—Los jóvenes	86
CAP. X.—Los jóvenes	98
CAP. VI.—En la embajada	110
CAP. XII.—La buena sociedad	124
CAP. XIII.—En los italianos	134
CAP. XIV.—Proposición nueva y conforme á las tendencias de la civilización moderna, que tienen por objeto asegurar la dicha en los matrimonios y regularizar una institución de primer orden abandonada hasta ahora á lo arbitrario y á la casualidad	143
CAP. XV.—Una comida	153
CAP. XVI.—Un casamiento	164
CAP. XVII.—La primera dama	173
CAP. XVIII.—El primer galán	189
CAP. XIX.—Los artistas	205
CAP. XX.—La moral	223
CAP. XXI.—La conversación	237
CAP. XXII.—La sociedad	250
CAP. XXIII.—Una semana	263
CAP. XXIV.—Dos amigos	278
CAP. XXV.—M. Graindorge	292